

3

# 1

*Noche de un lunes de otoño del año 2015*

No hay huéspedes en Casa Vista d'Oro, y Ksénia y yo nos habíamos dicho adiós unas tres semanas antes, así que mi única compañía en el hotel son Mina y Tosca, las dos gatas que cuidan de mí como si yo fuera el minino más pequeño del cubil. Ha sido un día muy largo: por la mañana, una patrulla de la policía se había acercado al hotel a decirme que aún no había nada que reportar sobre un ordenador portátil que me habían robado del estudio que teníamos en la planta baja y, a mediodía, había tenido que lidiar con funcionarios locales en trámites que acabaron por retenerme hasta bien entrada la tarde.

Por fin, después de un chapuzón en la piscina, estoy escribiéndole un correo electrónico a John S. para contarle sobre las diligencias del día y lo que se espera para esa semana, aun sin huéspedes a la vista. Mina, la gata de tres colores, ronronea y mueve la cola a dos palmos de mi portátil. Entonces, caigo en la cuenta de un ruido de afuera que cada vez suena más fuerte: los perros de los hoteles vecinos ladran desquiciados.

—¿Qué te parecen esos bichos?

Mina se relame una pata y parpadea muy lento, con ese gesto que tienen los gatos de indiferencia absoluta. Aprovecho la interrupción para terminar de comerme una pieza de pan dulce que había llevado conmigo al escritorio. Alguien los tendrá alborotados, me digo, algún huésped borracho que va tambaleándose. O lo mismo algún animal. Debe de ser uno grande, para que todos estén ladrando tan fuerte.

Termino de comerme el pan, de escribir el correo y, listo para encaminarme a la ducha en mi traje de cumpleaños, me levanto del escritorio con mi plato vacío en las manos. Apenas doy unos tres pasos cuando una de las puertas corredizas de la terraza se desliza de golpe hasta quedar abierta. En cuanto miro, un espasmo casi eléctrico hace que el plato se me caiga de las manos y se rompa en el suelo: tengo encima los ojos, como de animales, de cinco hombres con las caras cubiertas con playeras viejas. Uno me apunta con una pistola y en las manos de otros dos alcanzo a reconocer los cuchillos de la cocina que yo mismo he afilado días antes. Habían quedado tan filosos que uno de ellos me cortó la yema del pulgar con tan solo tocarlo.

—¡Vista al suelo, cabrón! Si nos ves, te matamos aquí mismo —dice el de la pistola, haciéndome una seña de que me tirara al suelo.